



LA LOCURA DEL AUXILIO

Segismundo

Vicente Sáez Vallés

Cormorán

1995

LA LOCURA DEL AUXILIO

novela corta

VICENTE SÁEZ VALLÉS

CORMORAN, 1995

SEGISMUNDO, 1999

El seudónimo responde a un ave palmípeda, que habita cerca del mar, que es negro o gris oscuro, que asemeja la otra imagen de las gaviotas, que camina muy mal, que vuela bien y que los pescadores llaman "el cuervo marino".

REFERENCIAS:

EDGAR ALLAN POE

LEWIS CARROL

Por el amor de mis dos niñas:

Marta Frías

Corrine Prins

ISBN: 84-930362-0-9

Depósito legal. Z-2792-99

1. LA LLEGADA DEL PROFESIONAL

Las paredes dejaron de vestirse de ictericia, cuando las llaves tintinearón bajo el saco de Marísima. El ventano se abrió dejando la estancia con el trasluz de la bombilla y la vista fantasmal del día nublado. El sonido de las campanillas no cesaba desde el insistente maestro de fuera del universo del manicomio. La monja ordenó con un gesto que se le diera entrada a aquel hombre que aguardaba mientras se congelaba a manos del crudo Cierzo. La presión de la antesala cambió, el celador de blanco manipuló la cerradura y todos se destemplaron oyendo los azotes del aire del Moncayo.

Era todavía muy pronto y nadie dijo ni palabra, ni siquiera para contestar al saludo aislado del maestro cuando apartó su bufanda para sentir cualquier calor. Sin embargo, su sonrisa no consiguió llamar la atención de nadie, la indiferencia le resultó casi agresiva.

Marísima parecía una anciana joven que no cabría en el hábito. Era la más alta del hospital; le sacaba un palmo al celador Josemari, que jugaba al baloncesto con el equipo de la empresa de su cuñado.

Maika era la interna preferida de muchos médicos y de Marísima; ella no dejaba que los estudiantes la desmenuzaran con sus miradas hambrientas plasmadas en las palabras del "maestro" y en unos apresurados apuntes. Sus pasos potentes habían hecho que el crucifijo se volviera bocabajo y el colgante de su pecho tornó de simbolismo. Otras monjas se percataron, se santiguaban mecánicamente. Por fin se dio cuenta y se lo quitó y metió a un bolsillo.

Era un trajín inmenso y el maestro se asustó cuando supo que Marísima había estado de guardia y que tenía que arreglar con ella lo de la visita de sus alumnos. La aventura era seguir a Marísima por los pasillos de azulejos mareantes a tal velocidad, la incertidumbre del destino del caminar decidido de la sierva de Dios: apostó el despacho como meta, pero falló. Pepejuán se sentía visiblemente fastidiado por esa continua falta de acogida. Ese día le había costado especialmente llegar al sanatorio y lo hizo con un estado de ánimo de circunstancias temerosas. Ese día no tenía que luchar para nada ni por nadie porque se le tenía que dar todo hecho.

- ¿Vienen hoy? -preguntó la monja mirando el reloj en un pequeño descansillo gris de las escaleras blancas y negras.

- Sí... -un escalón- bueno... -otro escalón- yo, había pensado... -carraspeó..

- Señor José -cortó la monja- ¡Vaya al grano! -Como una predadora, Marísima se puso frente a él y le miró a los ojos, mejor, a las cejas (era más alta que él), y, parecía que su cólera se iba a desatar en cualquier momento.- Estoy muy cansada y pongo en su conocimiento que sus visitas no me son gratas; cumplo órdenes de muy mala gana y, le digo, que esa colaboración que solicitó, me niego a dársela, órdenes son órdenes para una auxiliar como yo. Hable con Sor Alicia, ella le indicará...

Los pasillos del sanatorio son interminables. Pepejuán pensó ligeramente en las piernas de Marísima, sin caer en la lascivia, debían ser potentes para crear ese frufú al deslizarse entre los mosaicos solemnes. Por ahí no se oía amanecer a las locas, mejor para ellas pues no habían encendido la calefacción todavía. Los azulejos, cuadrículados, se sucedían en un desfile que olía a viejo. La monja se había puesto el automático y caminaba hacia Maika, la vasca.

Sor Alicia: siempre le pareció la más simpática de ese asqueroso hospital. Lo mínimo a coger allí sería la tuberculosis pero una tuberculosis gris... ¿Hay tuberculosis que no sean grises? Es una tontería plantearse semejante cosa... "Tengo frío aquí", es que es un sitio frío, helador.

- ¡Hola! ¿Qué se le ha perdido por aquí con ese montón de folios? -"Esta mujer se quiere quedar conmigo", pensó Pepejuán en un raro enfoque de sus ojos.

- Espéreme en el despacho, la "limpia" va a entrar allí. Tardaré un cuarto de hora, he de hablar con el celador gallego ya que varias internas se han quejado de que les metía mano. -Sor Alicia era activa, siempre hacía algo, siempre decía algo, siempre mandaba algo...

2. PRIMERA AUTORIDAD

La primera sonrisa del día, vino de esos labios reseco de cerveza de aquella mujer con la fregona húmeda de las lejías del día pasado y la memoria ocupada con el serrín de la 201 en la que hubo vomitonas. Ese cinetismo le embriagó y se fue, con muy pocas esperanzas, a ver a Sor Alicia. Era la más joven que le parecía o la más simpática o la más caracterial de todas las monjas del lugar. El despacho de la madre superiora era de madera; una habitación que tenía mucha Historia condensada y muchas historias clínicas y reservadas. Muchísima información almacenada en la apariencia limpia de las cosas del clero que negociaba con el profesional inexperto, como siempre el clero había negociado con todos: demasiada limpieza, demasiado perfume. Pepejuán pensó en que era la manera más delicada y potente a la vez, de extender el culto, lo sagrado; lo más curioso es que no sabían a qué cosa o a quién rendir culto. Por eso engañaban, se engañaban a sí mismas y se colgaban del estereotipo religioso para no plantearse que en el interior de las personas hay demasiados excrementos, por muchos inciensos que se queman. "Voy a estipular mi dependencia afectiva telefoneando a mi NOVIA, ya que en el despacho nadie vendrá a controlar cuánto tiempo, cuantas palabras, cuánto dinero...", pensó sarcástico Pepejuán o dijo su inconsciente.

- No la he convencido... pero no creo que haya problemas. La que está con ella parece ser la más dura... -Pepejuán agarró con más fuerza el auricular porque Marísima estaba a treinta centímetros de su espalda.

- Dígale que le llamaré más tarde -susurró Marísima al oído de Pepejuán, a la vez que se frotaba sus enormes párpados.

- Te llamaré luego... -colgó de un golpe con la expresión de un niño al que se le pilla una mentira.

No pudo mirar a los ojos de la monja ya que sabía que no hacía lo que le ordenó, pero no eran tan salvajes como imaginaba.

- Sólo le comento que a Sor Alicia no le gusta que toquen el teléfono los días laborales. No se asuste, no pienso decir nada.

Así se pudo suavizar el rostro de Pepejuán y la situación. Le miró asombrado, ya que tenía sus cabellos rubios al descubierto. Marísima no se percató de que iba en camisón y le daba un tono entre burlón y erótico a la discusión con el maestríto. Era más fea de lo que fantaseaba sin su hábito, pero esa alborotada cabellera le ofrecía un encanto oculto de formas femeninas, por cierto que muy grandes. Sin saber lo que contestar, Pepejuán intentó defenderse recolocando sus gafas cuadradas:

- Era importante para mí... - Marísima echó a reír sirviéndose una copa de vino de misa y arremangando el faldón del camisón.

- ¿Necesita alguna explicación para conmigo? -la monja ofreció moscatel al ateo. Este se negó y la sierva se acomodó en el sofá del despacho gris con la copita en la manaza. Inquisitiva le habló:

- ¿No le basta con las historias clínicas de las pacientes aquí ingresadas? ¿Por qué cree que no le dejan llamar por teléfono?.

Pepejuán supuso que esa voz aguda de madurita venía de alguien que sabía más que él mismo. No se avergonzó y comenzó a admirar a ese personaje

tan sarcástico. El orgullo de su novia le impedía tener fe en una monja, como casi todo el mundo; eso le incitó a atacar:

- Creo saber lo que piensa de mí y no me importa. Sepa que Maika es importante por sí misma, y que me siento mucho mejor si puedo ayudarla... -
Marísima le cortó:

- Es como todos... -suspiró y brindó por él mientras se sentaba en los talones y encaminaba el último sorbo.

Pepejuán se dirigió a los aspectos más oscuros de su mente aún creyendo que eran los de la monja. No podía ser objetivo y detestaba que el clero se hiciera cargo de la salud mental de un territorio ya que consideraba sus ideas y su ambiente como la principal causa de las locuras que habían mandado en la educación y en la cultura... No estaba muy seguro de sus pensamientos pero su NOVIA, sí.

La mesa del despacho relucía, recién limpia, con el anterior pulverizador de un limpiador y su olor sintético. No supo su aventura detallada pero adivinó que la habían limpiado, perdiendo la magia de su fulgor, al haberse olvidado la botella de lejía en la esquina de la puerta salvadora blanquísima. El sol se patentaba con rayos de refilones variados en un suelo de simétricos dibujos. Las formas quedaban acordes con la rigidez de Pepejuán pero se enfrentaban con Marísima y su relax. Los dos no sabían que tenían la misma edad. Las gafas negras y el ser dorado habrían confundido a cualquiera que no conociera a Pepejuán pero nunca a la monja. Se habían visto media docena de veces y todos pensaban que se odiaban. Los dos moldeaban su expresión cuando suponían que se iban a ver. Los dos parecían ser ese tipo de personas que necesitaban un

enemigo para sobrevivir. Un continuo reto como para abrirse al entendimiento. Sin embargo, las situaciones eran demasiadas. Él tomó la historia de Maika:

- Sepa que si de mí dependiera... -Definitivamente Pepejuán no respetaba a la monja: ya lo sabía. Se dirigía a la puerta y acarició la manilla de aluminio, notó que estaba fría.

- Por favor, ya sabe que yo no puedo hacer nada...

- Ya lo ha hecho -interrumpió el pedagogo de vaqueros.- ¿Cómo quiere que le diga que a la paciente no va a pasarle nada? -entreabrió la puerta.- Sólo deseo mostrar a aprendices de la salud mental, o a profesionales -si así desea que les llame- las posibilidades de una paciente como Maika, con historial oscuro, incomprensible. Imagine si la voz de dios, o Dios, que ninguna entiende, es vasco antiguo... Tengo que verla, ¿lo entiende?

- Piense por un momento que yo le miro a los ojos, incluso me pongo por debajo de su mirada al tumbarme en el sofá. Yo sé lo que digo porque usted todavía no miró mis ojos, y no es tan difícil. -hizo una pausa para levantar la cabeza y beber del vaso de vino.

"Esa chica no es de este mundo por muchos tests que le pase el señor Tarr. Ni siquiera por mucho cables que los médicos le pongan en la cabeza para otear sus entrañas. No he dormido en toda la noche mientras trabajaba y pensaba que a Maika se le puede mirar a los ojos -su enorme cuerpo se alzó por el despacho y bajando la cabeza, por vez primera, recitó en voz muy temerosa y sincera:

- Es la única persona a la que se le puede mirar a los ojos en todo este maldito hospital...

No supo cómo lo hizo pero salió por delante de Pepejuán; la vio alejarse a enormes zancadas del despacho y rápido, cogió de nuevo el teléfono para llamar

a su NOVIA cuanto antes. Los pasillos eran testigos del malestar de Marísima con monótonos colores que le marearon hasta llegar a la cama. "Cuando algo se mete en la cabeza", recordó que se dejó la puerta abierta y no hizo ademán de cerrarla, sin embargo, lloró.

Pepejuán meditando, colgó y no llamó. No marcó ningún número y comparó la historia de Maika con las demás de fuera del fichero, era la más gorda.

"Se le han pasado más de treinta pruebas a esta virgen vasca de unos dieciocho años; ha estado seis meses en este hospital y a parte de mostrar anorexia, severo autismo y estereotipias, posee un rico lenguaje y no sabemos nada de ella... O nos está tomando el pelo o es extraterrestre..."

3. PRIMERA COMPARACION

La situación era normalmente incontrolable para las violencias de la NOVIA que muy sarcástica se quitó el batín de después del baño con mucha luz y algo de espuma. Sus sentimientos eran indescifrables para la MUJER que la visitaba.

- ¿No te has relajado? -preguntó la MUJER a la NOVIA.

- Imposible -contestó la NOVIA mientras se le ocurrió qué suéter le iría bien a los vaqueros.

- Mírame a los ojos, Susana -siguió investigando la MUJER comparando sus formidables formas con las suyas, un poco menos "maravillosas"- ¿quieres a Pepe?

- No lo sé -efectivamente le miró a los ojos dejando de abotonar una camisa gris- me da pena.

La expresión de la NOVIA tornó a un tímido entusiasmo de poder intimar y confiar en alguien tan cercano a su novio. Hacía juego con el apartamento recién ocupado y con la falsa comprensión de la MUJER. Ya anocheció y las bombillas sin sombrero creaban mil y una sombras diabólicas encima o debajo de los planes de las dos mujeres. Alrededor todo eran cajas de cartón que llevaban mil cosas que no coincidían con su nuevo uso. Televisores, botellas de detergente, vajillas, melocotones, juguetes, zapatos, papel, lavadoras, bollos, papel higiénico, cepillos de dientes... se transformaron en papeles, libros, adornos, electrodomésticos, ropa... todo procedía de una mudanza próxima en el

tiempo y que se extendía hasta la independencia más personal y que por vez primera compartía con la mujer del amigo de su antiguo amor.

- Habla con él. No le mientas...

- No me ayudas nada. Sin mí va a estar perdido y no sé lo que hacer... no me entiendes. Le va a doler mucho y así estará lejos de sí mismo -hizo ademán de llorar y la MUJER le abrazó. Se manchó su vestido blanco con los surcos de la humedad típica.

La novia pasaba los 30 y la mujer 50; eran igual de altas y llevaban el mismo negro en el pelo, melena corta rizada de peluquería. Si se miraran con la distorsión de una pecera, con poca luz y de espaldas, seguro se confundirían. La MUJER llevaba un traje de paño verde manzana y la NOVIA llevaba un sujetador negro y una tanga de rayas negras. La MUJER tenía enormes pechos y la NOVIA no. Más bien parecían madre e hija pero desde muy lejos.

- Mañana va a enseñar el psiquiátrico a sus alumnos y Rafael acudirá, le diré que hable con él.

- ¡No, no! -gritó Susana mientras alisaba el faldón de su camisa.

Pepejuán adivinaba lo que ocurría entre Susana, su NOVIA por excelencia hacía quince meses, y la mujer del psiquiatra del psiquiátrico que había sido el mejor amigo del padre de Pepejuán y que posibilitó el empleo del joven. Producía dolor, mil pensamientos que fabricaban obsesiones y mortificaban la penosa estrategia, la extraña certeza de sentirse humillado, ultrajado una vez más: Susana no le quería. ¿Cómo no le amaba siendo que la necesitaba?, ¿siendo que ella sabía que Pepejuán la quería?, es más, ¿siendo que ella le dijo más de una vez que le quería?

“Claro, me decía los “te quiero” después de uno u otro orgasmo y esos te quiero no cuentan.”

Mortificaba su existencia sabiendo que a los once años tuvo que admitir que los viajes a otras galaxias no eran posibles en ese momento; toda la pasión que entregaba a los cómics fue baldía: era falsa. No pudo alimentar su fantasía. Pepejuán supo que debía destruir los cientos de "Nautilus" que habían atracado en el puerto de su imaginación. Tal vez por ello era casi calvo y tenía siempre apretada su mandíbula. El psiquiatra le aconsejó un psicoanálisis, pero no podría costearlo; no tenía dinero, nunca tuvo dinero.

Algo así como la entropía: precisaba el desamor. El amor une, la pasión calienta a los amantes al baño maría hasta que explotan. Se dispersan sus átomos y alcanzan el caos. De una manera secuencial, los pasos hacen cumplir la villanía del destino. ¿Qué memoria cruel guardan las moléculas que saben que van a ser destruidas?. La naturaleza aguarda, para que el hombre se someta.

- Sólo Dios sabe que debemos reconocer que somos muy poca cosa ya que hay muy pocas verdades, no hay grandes verdades para nosotros... -Exclamó pensativa Susana mientras se estiraba el sujetador negro.

- ¿Siempre que hablas de tu novio te pones así de filosófica? -replicó cínica la mujer.

- No siempre. Recuerdo que al principio tenía novios rojillos que me suscitaban hablar de sexo, cuando aún esperaba algo del follar... -Las dos rieron histriónicas y la mujer le sonrió dulce y le secó las lágrimas...

- ¡Vamos! No eres tan vieja para eso...

La MUJER hizo una pausa para respirar y sentirse triunfante de poder gozar de una intimidad; de apostar por esa extraña complicidad de poder

desafiar la fidelidad a su marido con una amistad pequeña; era como poseer algo suyo y de nadie más.

- Sabes, pienso que desde que tú y yo nos conocemos, no quieres a tu novio como yo no quiero a mi marido.

Y las dos siguieron riendo.

4. LA MONJA AUXILIAR DE LA MENTE

Tenía mucho sueño y su latitud estaba sólo para lo importante. Nunca se planteó lo costosas que eran esas malditas escaleras a las que se acostumbró en perfecta vigilia; pero después de una guardia como aquella, se transformaron en infinitas. Supo que se dormiría en seguida y quiso ver a Maika antes de entregarse a lo que supuso que se transformarían en felices sueños. La vida tenía muchos grises feos y la esperanza de Maika le ofrecía tonos más cálidos. Tal y como eran extrañas las líneas marrones sobre fondo verde claro; que en aquellos instantes asemejaban un camino tenebroso en la penumbra tenebrosa en un misterioso castillo encantado por los síndromes de aquellas jóvenes ancianas con las neuronas desenrolladas; en otros tiempos la máxima ilusión de Marísima.

Las líneas.

"Hubiera apostado a que eran paralelas pero se juntan. Me sigo admirando mientras contemplo la estupidez de lo obvio y es lo mejor que sé hacer, como todos los humanos que por no sentir se construyen patologías y hay que ofrecer trabajo y sumisión a la mayor estupidez de todas: cuando se habla de ética. Y así convergen las líneas maestras de nuestra vida como los marrones del edificio de las locas en sus terroríficos pasillos repletos de sombras conocidas y de un nauseabundo olfato a sulfuman".

La monja luchaba y peleaba por mantenerse despejada. Sabía que se iba a confundir de cuarto y así fue con toda la ley en su saco, y el aleluya en los

sueños que deseaba con la pasión suficiente para que el resto de las monjas pensara mal de ella, con la vergüenza en los puños y la menos aceptada soledad.

Cuando se adentró en los aposentos de Maika, la escasa luz sólo le permitió ver los reflejos de su cabello como de flúor dorado. Se acercó a la cama y vio los ojos abiertos de Maika que se convirtieron en dos océanos llenos de vida; la monja sintió exclusión. Ella sabía que esa exclusión era una de las consecuencias de la renuncia. Ella diría que se había desplazado al representar la autoridad; pero era falso: Maika la había echado, y Marísima lo respetaba porque tampoco le gustaba la idea de que hubiera más seres humanos en su mundo.

"¡Déjame ver tu mundo...!", pensó Marísima llevando hasta su conciencia la impotencia de la sinceridad. Maika sonrió, felinamente la monja frunció el ceño y se enfadó con la idea fija de sentir la tan temida exclusión: el rechazo, la forma del fracaso; "¡Hija mía...!". La nada atacaba a la sierva de Dios porque hacía la más vulgar herejía: se idolatró a sí misma ante el cerrojo mental de Maika.

Se sentía abrumada, con la soledad más angustiosa y cansada de llamar a la puerta de Maika; sólo le quedaba la oportunidad de compararse con los más profesionales y mortales de la salud mental.

Ese pensamiento le arropó la penumbra de las suaves sábanas grises y se dirigió a su descanso de frustración. Se detuvo en el umbral y vio en el suelo limpio el brillo de un pequeño objeto dorado. Con un mareo al agacharse lo recogió con la delicadeza de la falta de sueño y por el tacto, cogió un anillo dorado, metal frío que le impulsó a pensar.

"¿De dónde habrá salido? Porque Maika nunca lleva joyas...".

Lo metió en su saco y al despojarse de él para tumbarse en el catre, tintineó al chocar con las llaves.

5. EL RITMO DE LA MAQUINA DE ESCRIBIR

Con más sueño que resignación, la joven secretaria del hospital psiquiátrico, Susana, abrió la puerta pesada y biselada, con la concentración puesta en no quebrar el silencio arrollador con un escandaloso bostezo de los suyos. La luz titiló en el fluorescente gastado y la chica se despejó al verlo desordenado. Su rostro se endureció y comenzó a plantearse mil causas de todo el caos que asomó a su alma con movimientos apresurados por el despacho.

La estancia era pequeña. Apenas había sitio para dos mesas de despacho, dos máquinas de escribir y dos armarios de metal llenos de papeles, ahora en el suelo. Había silencio de historias desparramadas por el suelo y mil papeles arrugados sobre la mesa pequeña, que escondían las sombras de útiles de oficina inutilizados para siempre; el rostro de la secretaria delató misterio y pavor, ya que al levantar los impresos grises con el membrete del hospital en negro descubrió unas manchas de sangre seca. Gritó histérica y corrió en grandes zancadas de charol en busca de autoridades. El pasillo reflejó el eco de sus pasos precipitados en compás de algarabía.

Buscaba alguna autoridad que tomara responsabilidad sobre el asalto al despacho del hospital. Era muy pronto, pero no tardarían en llegar los estudiantes en prácticas y todas las historias estaban por los suelos. La ansiedad impedía respirar a la chica que tenía presente el vaivén de los médicos que sólo sabían mandar y hacer respetar las órdenes registradas en el manual del régimen de funcionamiento interno del hospital; el manual era de cartón verdoso forrado con plástico sucio y las hojas eran de Biblia y las letras pequeñas... "Sólo los

médicos o psiquiatras tendrán acceso a las historias de los pacientes internos y, además, siempre que lo soliciten por escrito al director...". Era la ley, las normas que estaban implantadas en los cerebros de aquellos que trataban con cerebros ajenos, y, en muy contadas ocasiones, hasta trataban con personas y no sólo con sistemas orgánicos.

El trajín de ese oscuro protagonismo, proclamaba a gritos su ansiedad y sus tacones resbaladizos toparon con la figura de Pepejuán, que con triste semblante, acababa de telefonar al objeto de sus amores. Casi chocan los dos trenes fantasmales de la inercia de la suela de piel de la secretaria. En la penumbra del pasillo, apenas se oían las respiraciones fatigosas de la chica en la mirada eterna llena de escrutinio mutuo y silencioso. Era como si se hubiera abierto una brecha en el suelo de los dos metros que les separaban y que conectaba las dos almas con el centro del mundo en la distancia más estrecha e infinita a un tiempo. Mil timbales sonaron a la vez en el golpe orquestal necesario en las intimidades de un paisaje que se contempla por vez primera.

Pepejuán le hubiera preguntado si le ocurría algo a esa muchacha, pero estaba lo suficientemente obnubilado como para concienciarse de problemas ajenos a su egocentrismo:

- Perdón.

- La culpa ha sido mía, ¿ha visto por casualidad al señor Tarr o a alguien de dirección?

- No, no. Pero lo veré en que vengan mis alumnos... Si quiere, le digo...

- ¡No...! -le contestó muy brusca la mujer provocando la curiosidad de alguna paranoica a obsesiva que de seguro pensaron que esa negativa iba por ellos... Pepejuán se sintió lastimado por la brusquedad y miró, con cierta

inferioridad, a las formas femeninas atrayentes que se alejaban firmes y a ritmo de tacones por el descomunal pasillo de azulejos. Un impulso de orgullo le incitó a gritar:

- ¡Sor Alicia está en su despacho!

- Gracias -la voz femenina tranquilizó el orgullo de Pepejuán y causó unos quejidos lastimeros cercanos. Una puerta se abrió y una mujer obesa de camión viejo y pelo gris a lo chico, le espetó a los ojos de Pepejuán que se quedaron perplejos:

- Se contradicen... ¡Se contradicen! Me atiborran de pastillas para dormir y no me dejan pegar ojo... No comprendo... Entre sus gritos, las pisadas y la máquina de escribir...

- "¿Máquina de escribir?", pensó Pepejuán.

Fue a tomar café caliente y un bollo a la cocina. Se despejaría y podría hablar con las cocineras, siempre le contaban chistes graciosos.

- Un catalán fue a la farmacia a comprar condones y pagó con un billete de mil duros y la tendera le preguntó: "¿no tiene cambio?", y le contestó: "no, aún lo llevo puesto del mes pasado, por eso me compro otro...".

- Eres una guarra. Además no tiene gracia...

Estaban preparando una pila de bocadillos de salchichón y botes de melocotones y garrafas de limonada. Se iban de excursión, las locas, para celebrar en el campo el día de un santo determinado.

- Pepejuán, no mires con ojos de buitre porque están contados y todavía es pronto... -todas rieron.

- Si tienes hambre del otro, dímelo, a la oreja, y algo haremos...

- ¡Vaya con la cocinera! Lo siento, hoy estoy algo indigesto.

- Fantasma... -le llamaron algunas.

Pepejuán agradeció no pensar en su NOVIA mientras escuchaba el chiste malo. El café le pareció delicioso y una mujer obesa le dijo con la olla en las manos:

- Con tanta monja cerca, no se puede ni hablar. Mi novio me ha traído costo del bueno... ¿Quieres probar?

- No, gracias. Es que yo fumo tabaco negro y eso me marea...

- ¡Escuchad! -Dijo la más menudita de todas, la de la melena brillante- Viene gente...

En efecto, Pepejuán oyó varios tacones con eco, con ritmo andante y con volumen creciente. Una cocinera pecosa y pelirroja rió tras sus enormes dientes:

- Ese ruido parece el de una máquina de escribir, pero creo que son los tacones de esa secretaria repipi y creída.

Las cuatro mujeres de bata azul marino de algodón, le sisearon. De pronto, irrumpieron serias en la cocina con luces de fluorescente la secretaria del pasillo, Susana su delantera y la delantera y Susana, y Sor Alicia.

Pepejuán acudió a ellas y la monja habló con Pepejuán en voz baja. La secretaria preguntó a los rostros pétreos de las auxiliares con voz falsa y simpática:

- ¡Qué bien huele! ¿Les queda café?

6. SEGUNDA COMPARACIÓN

- ¿Con quién dices que he de hablar? -le preguntó el doctor Tarr mientras engullía el trozo más grande del croissant exquisito.

- Ya lo sabes, y date prisa...

- No me fuerces...- con el tono amenazante casi se enfada y todo la mujer.

La conversación en la cafetería de los grandes almacenes era compartida por cinco personas, tres no autorizadas. No parecían muy entusiasmados con ella, ya que a la mínima, miraban a las especies cercanas. La primera, era un macacus rhesus del tamaño de un turista alemán, pero con el cuerpo cubierto de pelos; la otra era un oso polar del sur con acento argentino y apellido de Europa del este, y, también había una comadreja dorada que leía revistas del corazón. El mono enlazó las manos y tosió espasmódicamente ante las miradas afiladas de la comadreja.

- No sé si te das cuenta, pero llevamos ya un año sin acostarnos... -Dijo la mujer.

- ¡Vaya aniversario! Ningún polvo en un año...

- Yo no. Sé que me la pegas con una secretaria del psiquiátrico.

- ¿Qué dices? ¿insinúas que tengo amante?

La mujer soltó varias carcajadas sonoras.

- Eso de amante suena un poco hortera... ¡Vamos! Si es evidente... Lo sabe todo el mundo. Es de dominio público...

- Sí, sí... Hay un gran reportaje aquí -dijo la comadreja señalando una fotografía en color de él con la imponente secretaria en la cama...

- Lo único que me une a ti es mi hijo...
- ¿Sabes algo de él?
- Sigue adicto a la heroína. Está en el sur de Francia en un grupo de narconón. ¿Es que ni siquiera lees las facturas que pagas?
- Parece tonto -le dijo despectivo el macaco del RH.
- ¿Sabes? Me voy al Polo Norte con la NOVIA de Pepejuán...
- ¿Cuándo?
- La semana que viene... a Alaska...
- Vente a la Patagonia conmigo, muñeca -le insinuó a la oreja el oso polar mientras le guiñaba un ojo.
- ¿Por eso quieres que hable con Pepejuán?
- No eres tan tonto. El amante de la novia de Pepejuán es canadiense, de la parte francesa, y quiere que vaya con ella a sus vacaciones...
- Y... ¿Por qué he de hablar con él?
- Ella está mal. Quiere dejarlo pero le da pena...
- Si le da pena, entonces, ¡No quiere dejarlo!
- Bueno, perdón, no puede dejarlo.
- Es lo mismo...
- No lo es...
- ¡Vale! Lo intentaré... Pero no prometo nada, ya sabes que Pepejuán está colgado y es totalmente dependiente de su novia...
- Gracias -la mujer se levantó y se fue.

El psiquiatra quedó taciturno y meditabundo. Terminó su "bourbon con hielo" y se levantó de la mesa. Los tres animales fueron como sonámbulos hacia

él, se volvieron paulatinamente transparentes y se fundieron con la triste figura del Doctor Tarr.

7. EL SUEÑO CONTADO DE MAIKA

De súbito, se miraron las páginas repletas de líneas perfectamente dispuestas en varias hileras desconcertantes. Al primer psiquiatra le pareció ser la típica escritura de loco.

- Fíjense en la sintaxis y en el lenguaje que utiliza. Manifiesta una serie de desórdenes mentales propios de una psicosis evidente; precisa separarse de una realidad hostil y, asimismo, reprimir un deseo sexual temprano traducido en un destino impropio y ajeno, al tiempo que patológico. -El señor asemejó mucha satisfacción con esas palabras y una sonrisa de seguridad que bosquejó al colocarse las gafas de lejos de concha marrón, y dejar de chupar sus patillas. Se acomodó en su sillón de piel y oteó las miradas de los demás profesionales reunidos. Tomó la palabra uno chupado, de tez colorada y con el cuello muy tenso:

- Yo no veo la psicosis por ningún lado...

Hablaron y discutieron porque habían nacido para discutir; sus rigideces les enseñaron a enfrentarse los unos con los otros de la manera más cruda e insensata posible, como siempre entre los seres humanos. Pepejuán había sido invitado a la reunión en calidad de testigo presencial. Se sentía pobre, tonto, decepcionado; tal vez, porque su punto de vista evidenciaba una realidad desajustada y marrón, ya que era el único sentado en una silla de formica gris. Pero pensaba que había puesto demasiadas ilusiones en ayudar a Maika.

El doctor Tarr refrotó sus cincuenta años de barbilla e invitó a Pepejuán a dar su opinión sobre el suceso. El diámetro de la mesa redonda reflejaba en su

nogal el repentino rostro colorado del pedagogo de vaqueros y mirada simplona que iba a poner en evidencia ese miedo tan suyo a ser catalogado, a que su saber fuese juzgado por los doctores de la mente:

- Yo creo...

- Hable más alto, por favor. -Esas palabras sonaron como un gong en la cabeza de Pepejuán, testigo de su timidez, de sus fracasos repetidos.

Miró a la monja superiora y al psiquiatra delgado y sus rostros se deformaron causando una materia amorfa que reflejó el pánico a la destrucción, el planteamiento de toda pérdida que origina decidirse a hablar. En ese microsegundo, la realidad adoptó otras referencias porque todas las personas se deformaron en una masa pastosa incoherente, de tonos verdosos, brillantes, de flúor. Pepejuán asistía a otro instante degradante de su persona que solían tomar la forma de miedo a hablar en público y que siempre, pasaban desapercibidos o inconscientes. La percepción deformada se prolongaba a los conceptos que se formó sobre sus raíces, con auténtico pavor comprobó que sus brazos, sus manos, su todo, era un cilindro pastoso que sigilosamente, retornaba a un estado plástico y de sonidos suaves. Sólo así, se comprendía que precisaba darle forma a tales realidades desordenadas. Necesitaba fuerza, amor. Un poder que le ofreciera seguridad para reflotar el barco de sus tientos, naufragando en el mar de ninguna parte. De pronto, una luz, una fuerza inexplicable se apoderó de él y pudo explicar su pobreza, su ser minúsculo, creando seguridad, afianzando su enfrentamiento. Pudo hablar porque el doctor le sonrió. La sonrisa le dio la fuerza, la sonrisa creó su seguridad.

- Yo creo que no es tan inminente diagnosticar. El relato ha aparecido apenas hace una hora y media. Hay que fijarse que una persona no se demencia

así como así; el autismo no tiene porque ser patológico, necesariamente. Si ella cuenta tal sueño que dice haber tenido, debe ser un mensaje para todos nosotros, una forma de comunicarse con todos. La sangre proviene, parece ser, de un accidente pequeño, de una herida pequeña. Todo estaba desordenado, pero las hojas del sueño, aparecieron rigurosamente ordenadas, grapadas y distribuidas en capítulos... Escribir eso le habrá costado unas horas... ¿Se han fijado en cómo se las ingenió para entrar en ese despacho y manejar una compleja máquina de escribir electrónica... ¿Hay que construir la historia de Maika, y comprobar lo hostil que debe de ser su ambiente. Mi opinión es que hay un shock, el relato dice de qué manera fue y cómo se puede intervenir. Pasaré a leerlo:

"El siguiente cuento es un sueño verdadero que dividido en cinco partes para que su comprensión sea más sencilla. Tengan presente que es un sueño novelado, epistolar, una carta:

“Le escribo de nuevo con la esperanza de que sepa entender que algo nos amordaza los pensamientos y lo que vamos a decir sobre el sexo. La distinción sexual no parece ser tan importante: no todo es un problema de hormonas. Imagina un combate a muerte entre progesterona y cuerpos lúteos y testosterona (femenino y masculino, respectivamente); sería estúpido, pero es lo que pasa todos los días. Las sustancias corporales se enfrentan unas a otras: la piel, la sangre, las cuerdas vocales, el aparato genital... La verdad es que perdemos el tiempo no tanto por amor, dinero o poder, sino por melanina, hemoglobina o progesterona. ¿Es cierto que todos tenemos un poco de hombre y un poco de mujer? ¿por qué las ilusiones son entregarse o poseer, ser o tener cosas de los hombres y mujeres? Tú, la mujer de la carta, me dijiste una vez que al principio, en el albor de la humanidad, los animales hablaban. ¿Por qué dejaron de hablar?

¿Y si fue culpa de eso qué se quiso olvidar porque nadie entendió ni entenderá? La culpa no es necesaria porque las palabras femeninas pueden ser masculinas y viceversa. Me parece que el creador no creó la especie humana; lo que creó fueron hombres y mujeres, eso es todo.

Le quise preguntar a los animales que por qué no era lo mismo hablar de hombre y mujer o de macho y hembra, siendo que los humanos somos también animales. Sólo se puede viajar a través del tiempo con un cuento; no con la ciencia, sino con la literatura.

Por eso, un juicio en que el juez sea un canguro (los canguros son marsupiales, animales que llevan por fuera el útero), puede indagar lo qué pasó al principio.

Había una elevación natural en el claro del bosque. Estaban congregados cientos de animales ordenados prestos a asistir a una sesión interesante del juicio a los hombres.

La luz cayó en un atardecer de aire limpio. El sonido del mar comandaba un horizonte fiel, en el incesante murmullo de las olas.

Nadie tenía tanto pundonor para disculparse. El juicio quiso colocar a los seres (hombre y mujer), en parejo estatus. Cuando lo obtuvieran, el creador de turno sabría a quién tenía que dejarle las llaves. El verdugo ya había dejado de existir ante la hipocresía de los hombres, por esto debía de ser el creador mismo, el que asumiera la responsabilidad de cumplir la condena.

- ¿Quién es el culpable esta vez? -preguntó el marsupial.

- ¡La mujer! ¡La hembra humana! -todo el resto de los seres señalaron unánimemente con patas, garras, antenas, colmillos, cuernos, prolongaciones, sombras, estrecheces, posiciones, orientaciones.

- Y... ¿Cuál es la acusación? -el cangurito dio un salto pequeño mientras, extraía de su marsupio un caramelo gigantesco rizado en rojo y blanco.

- ¡Excitar al creador!

- El creador sigue siendo humano... -el animal continuaba sagaz chupando el dulce en forma de bastoncillo- y el juicio sigue siendo humano. Habrá que extender estas falsedades porque ahora es el hombre el que destruye al hombre, por mucho que se disfrace con mitos masculinos o femeninos.

El juez llamó a una mujer embarazada, muy embarazada, que estaba bajo la custodia de dos gorilas gruñones y siempre de mal humor. El fiscal era una raposa de pelaje colorado; el alguacil, un majestuoso flamenco rosado tan alto como la mujer, acompañó a la acusada hasta el centro del promontorio, cerca del juez. El abogado defensor, no se presentó a la cita porque era una oveja que había significado el almuerzo de unos lobos. El canguro dio un golpe con su maza en un tocón de un viejo nogal pidiendo orden a un auditorio muy alborotado:

- Con la venia, señoría -Dijo elegantemente la inteligente raposa.

- ¡Oiga Magistrado! ¿No puede aplazar la vista puesto que mi abogado no está presente? -dijo la mujer apartando unos cabellos de su cara, un gesto interesante.

El canguro extrajo un grueso libro y unos anteojos de su marsupio. Se los puso, hojeó el libro y al rato exclamó reafirmando su memoria:

- No puedo porque el código penal prohíbe explícitamente en un artículo concreto que el acusado, cualquiera que sea el motivo, pueda suspender la vista.

- Con la venia de nuevo. Espero que no halla más interrupciones... -La raposa miró a la chica acusada con ojos golosos y brillo ladino.- El asunto es

sencillo. Se trata de que los hombres y mujeres están violando sus instintos de manera continuada, siendo que la biblioteca genética debe ser respetada para que el orden natural siga preservándonos de la dura lucha por la vida.

El auditorio aplaudió y vitoreó las palabras audaces de la astuta raposa que alzó sus patas delanteras y sonrió. Buscando la calma y tras varios golpes del loco canguro en su tocón, la raposa siguió en el silencio que le dejaron los demás:

- La mujer, la hembra humana, representa la humanidad, la comprensión, la creación del hijo en su interior; como yo, es un mamífero. Pero tras la gestación, el nuevo ser, nace inmaduro e indefenso ante los achaques de la naturaleza... Pasa mucho tiempo antes de que un ser humano llegue a ser independiente. Señoría, animales todos, pretendo demostrar -la raposa alzó el rabo y elevó mucho la voz- ¡Que el hombre es un parásito de la naturaleza!

Los animales murmuraron y abrieron los ojos. La mujer apretó los puños de rabia y falso coraje.

Hubiera sido el momento de que algún abogado gritara: "¡Protesto!", pero, como no había abogado, no hubo grito alguno.

La raposa se adelantó al silencio que no tardó en inundarlo todo:

- Señoría, llamo a mi primer testigo... ¡Esa mujer!

La chica, medio entregada, fue acompañada por el flamenco hasta unas rocas junto al tocón del juez; le invitó a decir algo sobre un libro, colocando la mano derecha sobre él.

- Bien, ¿qué le parece lo que he dicho?

- Lo que ha dicho, me parece cierto. Tiene razón. Las conclusiones me parecen un poco insulsas, pero ciertas. -La mujer estaba segura, tranquila. El

silencio se tornó más evidente- ¡Pero qué me vayan a condenar por lo que soy! Es como cuando un león le pide opinión a una ardilla que se va a comer...

Todo fue confusión; los animales de la medio luna en torno al juez, esperaban boquiabiertos las ingeniosas palabras de su fiscal.

- No haré más preguntas...

La confusión aumentó de tono. El juez hizo ademán de anunciar que se retiraba a deliberar, pero apenas habló. La hermosa muchacha, vestida con vestido ancho de rayas blancas y azules se sentó en el tocón: era una joven de gran barriga por su avanzado de gestación (casi había cumplido), joven de grandes ojos negros, de larga melena ordenada, negra y brillante y bonita figura. Cruzó las piernas y sacó de un bolsillo un cigarro que sujetó con sus labios carnosos y prendió un fósforo.

- ¿Qué... qué es ese resplandor? -exclamó tartamudeando el canguro lleno de pánico.

- ¿El qué? -la mujer sorprendió a todos los animales del bosque sin saber porqué. Los animales chillaron y huyeron despavoridos. La joven, mosqueada y sin saber, giró la cabeza viendo el bosque vacío y lleno de extraños sonidos; agitó la cerilla para apagarla y el canguro tragó saliva aliviado.

- ¿Qué pasa señorita? ¿por qué se han ido todos?

El marsupial abrió los ojos. Estaba inmóvil, apergaminado, no podía hablar, es más, no sabía como hacerlo. Dio un gran salto, por encima de la muchacha y se alejó lo más aprisa que pudo.

La muchacha quedó sola y taciturna en medio del bosque; estaba triste, todos habían huido por su causa. Pero aquello se transformó en un terrible

enigma; ella estaba acostumbrada a que los animales hablaran y poder hablar y razonar con ellos.

El diálogo se había convertido en un lugar para compartir puntos de vista, de solución. Fue el juicio de la primera mujer, aquel que hizo, nadie sabe cómo, que los animales dejaran de hablar para siempre, o hasta la fecha.

Querida mía, me falta por contarte lo que fue de esa mujer primera. Imagina qué cosa soslayó el creador cuando las palabras separaron a los animales del hombre, y, por ende, a la humanidad de la naturaleza. Sólo la ilusión, a desenterrar por aquellas locas que no dejamos de contar cosas, puede ser el lazo, el vínculo de los hombres y mujeres; recuerda que aquello que une a hombres y mujeres, es también lo mismo que les separa.

Por eso, la mujer albergaba alguna esperanza de poder resolver ese enigma que separó lo humano de lo natural. Estaba anocheciendo y dejó de deambular sin rumbo por el laberinto del bosque oscuro; escuchó los sonidos de un cervatillo que le observaba a distancia. La mujer emocionada, pensó en hacer un fuego para que fuera la señal que atrajera hacia sí al cervatillo. La mujer se sentía muy desdichada en esa soledad que le enajenaba: no podía hablar (y ya se sabe que cuándo una mujer no habla mucho tiempo seguido, es capaz de todo, hasta de hacer un fuego, cosa reservada a los hombres de la tribu).

Construyó un círculo de piedras grandes y arena; en su interior, reunió todas las ramas secas que halló entre las siniestras sombras de la luna. Sabía que el ciervo se iba acercando; pero, cuando prendió unas hojas secas que chisporroteaban, el ciervo huyó y la mujer rompió a llorar sin consuelo alguno. Cuando se calmó comprendió que había sido el fuego. El fuego de un cigarrillo y el de una pequeña hoguera, tenían la culpa de todo. La mujer sintió un

inoportuno desasosiego, como presintiendo que algún cambio se avecinaba; comenzó a sentir las punzadas de ese dolor agudo del inminente nacimiento de su hijo; fue el grito más fuerte que encontró en su alma. Comprendió que el hijo fue concebido a la luz y el calor de una hoguera parecida a la que construyó.

En una imagen febril de ese parto, a lo lejos comparó las estrellas en el cielo de una noche cerrada, con los puntos distantes de otros fuegos de las cabañas y rincones de la aldea de los hombres, arriba, en la colina, donde se asentaba su poblado.

El fuego, aquello que destruye y puede crear a su vez, es lo que separaba a la humanidad de los animales, o a los sexos inseparables.

Esta es la narración de lo que siempre pasa al contemplar una estrella, tener un hijo o escribirte una carta.

Besos”.

8. TERCERA COMPARACIÓN

El rostro del psiquiatra Tarr, era demacrado cuando supo que su mujer no estaba en su casa y que no había dormido en su cama. Tuvo noticias cuando comprobó que su vaso de licor estaba en el mismo lugar que la noche de poco sueño. Era el escenario ideal para pensar y pensar en el desamor; sin embargo, se puso en el vídeo una película pornográfica. La estancia olía a cerrado, pero un cerrado de lujo: la habitación de nogal, los sillones bordeando el salón en todos los rincones, las mesetas de vidrio fuerte, la luz indirecta suave amarilla, las esparragueras y frondosas plantas de interior, la moqueta verde, los libros, la pantalla gigante de televisión que mostraba a dos mujeres haciendo el amor voluptuosamente sobre un catre blanco y música americana de los años setenta... Imaginaba a su mujer como una protagonista del video (la morena tetuda), y se excitaba en recuerdos vagos de la sonrisa maliciosa y la tez encarnada.

De pronto, una de las chicas de la película se levantó del catre, se desplazó hasta el cristal del televisor y le dijo con voz suave y seductora tendiéndole la mano:

- ¡Ven conmigo y lo pasaremos bien! -El psiquiatra no dio crédito a sus ojos, y, sin pensarlo dos veces, tomó la mano de la joven con tanga. En ese instante, comenzó a excitarse y su calva y rostro, adquirieron el típico rojo del sexo. Le tumbaron en la cama, y mientras la pelirroja le desnudaba, la morena le besaba por todo el cuerpo. El doctor cerró los ojos y dejó entre los cuerpos su enorme miembro erecto que las dos mujeres agarraban y frotaban violentamente. De repente, la estancia se volvió roja y en ese tinte, las dos

mujeres tomaron la forma de Susana y su MUJER Tuvo miedo cuando comprobó que las sonrisas de las dos chicas, eran las mismas de dos leonas con los colmillos afilados y uñas superlativas. Se abalanzaron sobre el doctor, lo hicieron jirones y todo se inundó de sangre.

9. EQUIPO MULTIDISCIPLINAR

- ¿Tienen ustedes los datos de la prueba de Rorschach? -su mujer le decía que al hablar con colegas exageraba el acento argentino.

Susana miró su carpeta púrpura y se recolocó las gafas. Ella tenía el pelo tirante, recogido en un moño y todos miraban atentos su escote, más que esperar las palabras de la secretaria.

- No, no se ha debido recoger, no me suena.

- No le hemos pasado ningún test, no nos ha hablado... Fue laborioso recoger su historia -dijo Sor Alicia- Sólo tenemos lo médico, o sea la analítica, la exploración física...

- Y... ¿Qué tal...?

- Baja de hematíes y eso, porque no come, pero normal, o sea sin rastro... Se mueve normal, anda normal...

- ¿Y el escáner? -preguntó el doctor Tarr mesando su barba gris.

- El jueves se la llevan a Zaragoza... -se apresuró Susana como para ocultar que estaba liada con el psiquiatra...

- Bueno, creo que debemos esperar más para hablar del relato... -Le encantaba mandar al doctor Tarr pero la directora era la monja, Sor Alicia. Él era un mandado más, él no era jefe de nada, cosa especialmente dolorosa para un psicoanalista.

- Vamos a almorzar y así nos explicará luego eso del shock -Dijo Sor Alicia autorizando a todos a salir de la sala. Pepejuán no sabía si ponerse nervioso u orgulloso o qué cosa; “iba a hablar, le iban a preguntar a él”.

- Más o menos dentro de una hora aquí; espero que todos se hayan leído lo poco que hay.

“Haber, tengo que pensar, cómo hago para decir que Maika está bien, que sólo se ha puesto en evidencia, y eso duele. Su madre era especial, era muy joven...

Su madre es joven y el sueño puede estar dirigido a ella o....”.

Al pasar las cuatro horas de rigor, para afianzar los contenidos del sueño, una vez más, hubo reunión del equipo de profesionales implicados en el caso del relato del sueño de Maika hallado en las inmediaciones de su habitación, en el despacho. Esta vez, estaba todo más tenso y reinaba un silencio audaz. Esta vez, Pepejuán aprendió rápido y se hizo con un sillón mullido dejando para Sor Alicia la resignada silla de formica gris. Todos le aguardaban, murmuraron bajos hasta que el psiquiatra más miope, le preguntó:

- ¿Qué tipo de shock?

Pepejuán pensó y tardó en contestar. Ansiosos, mostraron el cansancio y cierta angustia.

- Si se dan cuenta estamos en un hospital femenino...

- Sabia deducción -replicó sor Alicia con los ojos brillantes.

10. CUARTA COMPARACIÓN

La NOVIA abrazó a su amante de media tarde y tuvo otro orgasmo sin que él lo supiera. Estaba dichosa y acaramelada. Fue a ducharse con Stravinsky de fondo y le sorprendió su desnudez en el espejo: no se imaginaba que tuviera las formas tan bonitas, tal vez fue que aún estaba excitada; no lo sabía, sólo supo que estaba orgullosa de su cuerpo y lo acarició con los ojos en su imagen especular. Luego miró al amante en la cama. Su pecho subía y bajaba como una cama elástica para saltar, de esas de su niñez.

- Si salto con todas mis fuerzas, llegaré al cielo y volaré...

Ella se puso en pie en el pecho del amante ése. Quería volar, subir muy alto, allá arriba.

Entonces pisoteaba los pulmones del chico aún dormido, dándose impulso a cada acometida fuerte. Como si él estuviera ahogándose y se expeliera el agua como un géiser, como una eyaculación.

A cada impulso de la NOVIA, el ogro en los ojos de Pepejuán resoplaba e impulsaba más a la que hacía cabriolas en el aire con la corriente del ogro. Entonces llegó a un país. El país del cielo con un palacio ancho y de brillos que deslumbraban.

Paseaba entre las nubes y encontró un hombre que vestía con una túnica de arpillera y le susurró:

- ¡Hola!

Curiosamente ella se alegró. Pero Pepejuán era 5 ó 6 veces más pequeño que la ogresa esa, le tomó entre sus brazos como si un osito de peluche se

tratara, pero bien podía asfixiar a Pepe, así que le posó de nuevo en el suelo mullido, de algodón.

- Tienes, tienes los ojos muy grandes, comentó con sorna Pepejuán al ver la NOVIA desnuda en dimensiones descomunales y que estaba desnuda. Desde abajo se le veía más carnosa, con defectos en su cuerpo, aún húmedo de la ducha siendo que antes no los vio. La desnudez de la NOVIA le pareció simpática, en una exuberancia chabacana al beber de una gota de agua que cayó de su pubis y que parecía un charco.

- Una mosca de por aquí debe ser como un perro de lanas... -Pepejuán debía gritar con fuerza para que sus palabras llegaran con nitidez a aquellos pabellones auditivos allá a lo alto.

- Como un pequinés que son más feos... -apostilló la novia siguiendo la broma.

Un bramido estridente en la lejanía arrancó a la ogresa de aquella mirada solidificada en ternura, pasión entre dos seres de tamaño muy distinto. Los ronquidos llegaban desde el ogro que llamaba a la ogresa...

La expresión de la joven se arrugó encima de las nubes...

Los terroríficos bramidos del ogro insistieron y ella, triste, partió sin despedirse.

- He de irme...

Más gritos estridentes le hicieron despertar, estaba encima del chico ese que roncaba lo suyo; ella estaba montada sobre él.

Sonó el teléfono de la mesilla. Recordó a Pepejuán y se enfadó. Descolgó y llevó el auricular a la oreja fingiendo sueño:

- Tú otra vez...

- Me imagino que será el hospital...
- ¿Por qué no te lías de una puta vez con la Maika esa...?
- Tengo la bañera llena de agua, ya nos veremos...

11. EXCURSIÓN CLÍNICA

Actividades en el medio próximo para aumentar el conocimiento de las dementes entre sí. Esta vez iban a ir al campo, de picnic. A todos les gustaba el paisaje y el rozar de los ojos en el cielo.

Sacaban de excursión a las locas en un autocar viejo y ruidoso que aguardaba en el patio. Un par de docenas de internas acataban las órdenes de monitoras religiosas, totalmente interesadas en que se alinearan como naipes en un solitario. Pepejuán vio la figura de las locas uniformadas como presas en semejante prisión, el mismo patio en el que habían llegado desquiciadas. Ahora, le parecían absolutamente estúpidas. Cada vez que era consciente de que una enfermedad mental suele privar de voluntad y, en el hospital psiquiátrico les privan de libertad, se ponía nervioso.

El autocar se puso en camino. El motor hacía mucho ruido; algunas pasajeras lo imitaban con las palmas y con los mofletes llenando de babas los asientos sucios de plástico rajado. Una monja pidió autoritariamente silencio. Jamás supo por qué les mandó callar. No tardó el verde en aparecer; había vides alineadas en cuadrículas y un furtivo sol que flotaba en las ventanillas. Llegaron los prados y los montes colindantes dando belleza al paisaje y sentido al color. Las monjas se alegraban más de salir al campo, que las propias internas, parecían más felices. Marísima quedó dormida haciendo gestos graciosos a unas muchachas de pelo corto, casi niñas. De pronto, el autobús se detuvo. Frenó. Había un rebaño de ovejas cruzando la carretera, que no quería atropellar

el conductor. El autobús quedó rodeado de ovejas, balidos y de una alfombra de mierdas negras como aceitunas

Iban a un valle de césped húmedo rodeado de secretos inconfesables hasta para una adalid de la sinceridad; ya fuera el bosque de acacias o las mismas rocas ordenadas. Por el día hacía bueno pero cuando oscurecía, el otoño firmaba su presencia, y el viento y el frío invadían a cualquiera.

12. LA FUERZA DEL TRANSFER

Amor le quiso transmitir Maika a Marísima cuando le tomó de la mano. El lugar lo precipitaba haciéndolo necesario, real, evidente, tal y como los cuerpos pesados se hunden con mayor contundencia en el mar que los cuerpos de papel cebolla. El paisaje era hermoso; los sentidos se realizaban en lo natural. Tres copas de árboles hacían del cielo retornar a un color verdoso de la fusión concreta entre el cielo y el sol. La alfombra del césped, la brisa perfumada del mediodía, el silencio de las máquinas, las protestas de cuervos y cardelinos, la temperatura fresca que preludiaba el atardecer de hielo, la necesidad de que los cuerpos se estrecharan en una infinita sucesión de caricias que protegían el calor de la vida: la imagen de los cuerpos fusionados que todos los hombres deberían guardar en algún rincón de su corazón, que debiera ser así: humano y animal en un reconocimiento de amor. Aquello que recuerda lo íntimo, lo que se puede llegar a expresar: lo que todos los humanos precisan y desean, tanto como expresar el amor y que, dado que es escasa la parte de la vida que se puede expresar, el amor de Maika pareció ser el límite de lo que se puede llegar a expresar. No tanto como la posesión o como el rito social del amor homosexual de dos mujeres... ¡Encima una de ellas era monja...! Eso es lo que terminó con la exclusión social que tanto preocupara a Marísima. Y Maika, que sabía que había echado de su mundo particular a la gente del manicomio, como todo loco, quiso dar vida a ese reflejo de sus ojos, ya sintiendo amor o vida, concretando esa mirada, en rechazar el mundo y a su demencia y arriesgando la conciencia, el ser único y repetible en la caricia: el texto universal, según llamaba Marísima.

El pasaporte del mundo de Maika y la república de Marísima fueron sonrisas, y unas pocas palabras.

- ¡Abrazame! -susurró Maika al lóbulo excitado de Marísima por el roce de la melena desordenada y castaña.

Los instantes de Marísima se arremolinaron en torno a pensamientos, preguntas, realidades, fantasías contorneadas en la piel envuelta en lana virgen. Con su mano confundida en la de Maika, se planteó si lo que deseaba era acostarse con ella. Si lo que deseaba era reaccionar contra sí misma, responder a su cinismo, a ese mundo distante de sus sentimientos, enfrentar todo su casamiento con Dios en varias lástimas. Porque si estaba en un dispensario mental ayudando a las almas desteñidas, había llegado a absorber todo lo humano de aquello; sólo así podía sonreír en un punto que siempre desconocemos lo apropiado, lo mortalmente irónico. Marísima soñaba mucho; como trabajaba de noche, los sueños se acumularon sin expresar durante jornadas y jornadas y su explosión fue Maika.

- Pero Maika, ¿es amor el amor entre mujeres?

- La gravedad es universal. El polen cae para fecundar a la tierra, y cae. Las plumas caen para posarse suavemente en la tierra, esté fecundada o no, y también caen...

Se callaron porque su mirada lo ordenó así. Los ojos se enfrentaron en el amanecer de una ilusión cuando ambas atmósferas entraron en contacto. Su saliva, su todo se combinó en el ritmo de sus labios. Besándose, descubrieron el magnetismo, la atracción ineludible, insensata; sacando a los demás de las montañas, del prado, del bosque, sus cuerpos empezaron a aproximarse en la violencia rápida del tacto. Maika desabrochó su falda y Marísima su sujetador.

Comenzó el baile íntimo de los suspiros voluptuosos y de movimientos espasmódicos que rozaban las entrañas de los dos cuerpos en frotamiento del éxtasis. Ambas se las ingeniaron para descubrir su tacto, como una especie de sentido inmortal, imperecedero, y, aunque sólo fuera levantarse los jerseys, era mucho sentir la hierba fría y gozar de la piel de la otra. Las manos recorrían el cuerpo entero de las dos mujeres que se habían alejado de las demás locas y de las demás monitoras. El orgasmo exagerado de Marísima, no pareció ser la resolución de una unión sexual salvaje y perfecta. Se sucedieron uno y otro, de la manera natural, que hubiera excluido a todo ser vivo que optara por relacionarse con cualquiera de las dos. Los movimientos eran bruscos y desproporcionados en esa tierra que, en los albores de la primavera, parecía húmeda, al cambiar de postura, pero sólo era fría. Sonó una campanilla brillante y lejana que anunciaba el reparto de comida y el mandato de que todas, acudieran al centro del valle a reunirse en las inmediaciones del autobús. También sonó el aviso de la rígida moral de Marísima que se concienció de lo hecho y se le cayó el mundo, se volvió líquido y formó un remolino en el desagüe de la existencia en precipitación perpetua. Se pusieron en camino y se abrocharon las ropas; Marísima lloró espasmódicamente y Maika le abrazó con fuerza acariciando los pómulos de la monja. Cerca del claro del autocar, musitó Maika:

- Sabes un poco más de lo que es mi mundo... ¿Qué te parece?

Marísima no dijo nada porque lo veía todo claro. Ya a la vista de todos, Marísima se sintió blanco de miradas tortuosas. Le pareció cercano su final, y tuvo diáfanos sus deseos.

Una interna no sabía que el envoltorio de aluminio no se comía y Maika se lo explicó con dulzura impropia en una persona diagnosticada de autismo galopante. Algunas se asombraron, pero una auxiliar, corrió y agarró a Marísima del brazo y le instó desmedidamente para que comprobara que la que jamás hablaba, le estaba dando una conferencia a la deprimida de la esquina.

"Si todos supieran que la vasca no está loca, que sólo la llaman loca porque enfrentó sus deseos, porque sana mentes, porque no es de este mundo. Si supieran que son menos los locos que los cuerdos inapetentes, que no quieren nada que no sea arrebatado socialmente, con sufrimiento..."

Comieron bocadillos de salchichón, bebieron limonada, sorbieron melocotones en almíbar y una monja de hábito, sacó la guitarra y empezaron a sonar los acordes de varias canciones de misa. Maika sonrió y palmeó como la que más. Marísima sintió un cóctel desagradable entre dolor y sueño. Algo le punzaba en el bolsillo del muslo: era el crucifijo. Se lo colgó al cuello y volvió a hacerlo al revés.

13. ANTECEDENTES Y ADVENIMIENTOS

El campo era grande; faltaba una hora para regresar, y las dos seguían de la mano. El discurso del arroyo acompañaba la tarde fresca y verde. Muchas nubes y una pelirroja y una rubia en los Pirineos.

Sabía llegar porque ella le enseñó a besar. Siempre permaneció fiel a ese deseo que se espera. “Estaría preparada”. Un profeta se anunciaba y esperaban las dos. La aldea se dejaba ver, allá, en lontananza.

Una amenaza de lluvia aceleró el paso de las dos chicas de pueblo. Maika tenía el pelo rojo y era pecosa. Iba con una minifalda de jugar al tenis (de hecho jugaba al tenis), y una sudadera roja de algodón que llevaba unas palabras escritas en negro: Moscú-80, algo pasado ya. Los pájaros chillaban en esa selva inventada: la hierba estaba alta en ese otoño. La morena iba de negro de raso y era más pequeña que Maika, le llegaba a la frente. El paso era firme y los cabellos estaban desordenados, aunque, poco les importaba.

- El día se nos muere y nosotras aún aquí -dijo Maika- ¿cómo estará mi madre?

- Maika, para. Te he de contar algo.- A sólo 100 metros de la primera casa del pueblo, el ritmo del caminar descendió.

Maika la miró a los ojos y se preocupó:

-¡Vaya cara que se te ha puesto! ¿Te pasa algo?

El pisito recién estrenado olía a nuevo. Pepejuán comía una naranja cortada y no tenía frío con la calefacción a tope. Aún no habían traído toda la

mudanza de las cosas de ella. Pepejuán quería vivir con ella y ella no quería vivir con él.

- Mañana tengo prácticas de los estudiantes de enfermería en el manicomio de mujeres. Bueno, no sé por qué no digo estudiantas si son todas tías. O sea, he de madrugar.

Pepejuán se abrochó la bragueta ante las circunstancias de la NOVIA.

- ¿Te pasa algo?

- ¿Por qué lo dices?

- Te noto fría y desilusionada...

- Has acertado. Siempre aciertas.

El piso no estaba terminado, todo olía pintura plástica, hasta el corazón de Rafael que bebía el licor sin hielo y no lo tragaba. Los tacones daban un ritmo a la joven que buscaba sus bragas:

- ¡Ay! Llego tarde...

- ¡Que espere, para eso es tu madre!

- Pero tiene que ir al dentista

Enarboló una mueca de desaprobación.

- Parece mentira que seas psiquiatra y que trabajes en un manicomio de mujeres, con mujeres y para mujeres...

- ¿Así que está loca tu madre también...?

Ella se mosqueó mucho y encontró sus bragas.

- ¿También?

- Mujer... era un broma... ¡Vaya cara se te ha puesto!

María iba hacia la capilla, a rezar un rato antes del trabajo. Le encantaba ser monja y desvirtuar ese camino lleno de complejidad. En un susurro abordaba

todas las preguntas, toda la entrega a Dios, pensaba en mayúsculas, en letra de imprenta...

La penumbra del altar de madera, el olor a madera y el sonido de los crujidos era todo lo que necesitaba.

Una compañera de hábito y gafas le dijo al oído en un susurro casi celestial:

- Esta noche yo también tengo guardia...

María era descomunal, alta y grande, pero proporcionada; se levantó del reclinatorio dejando a la otra monja llena de sombras. En el colegio todos le llamaban 'Marísima'.

- Vale -dijo continuando el susurro- pero trae tú la baraja, la mía no tiene Rey de bastos...

- Bien. ¿En qué pensabas?

- ¿Por qué lo dices?

- ¡Vaya cara se te ha puesto!

La MUJER vagaba por la sección de muebles de los grandes almacenes sin ver mucho dónde elegir, sin saber lo que elegir. Atrapada en el consumismo fiel a la desesperación no dejaba de preguntarse que hacía allí en cualquier sitio que estuviera.

- Oiga -le preguntó al dependiente de gafas y traje verde demasiado puesto- ¿qué vale esta cómoda?

“Soy idiota, tal vez esté chapada a la antigua, pero ¿por qué he de soportar la infidelidad de mi marido si no me la trago?”

Al joven los ojos le hicieron chiribitas cuando supo que podría vender algo y tal vez, el jefe de sección pudiera olvidar ese detalle de cuando le tocó el

culo a la de la minifalda verde manzana que resultó ser la sobrina del jefe de planta. Aun que ella se dejaba...

- Ésta es una gran elección, se trata de un taquillón de nogal que más que una antigüedad es una obra de arte, que refleja el estilo... -La MUJER le cortó bruscamente:

- ¡Vaya cara se le ha puesto? Ya veo... pero, ¿qué vale?

El fresco se presentó sin ser invitado.

- Mira Maika, no sabía cómo decírtelo, he esperado, he ensayado y de golpe sé que te hará menos daño, como al quitar los esparadrapos de los escorrones... Mañana me voy a Zaragoza, a la universidad, 'trabajo social'...

Maika quedó petrificada, mirando a la nada, como un zombi. Caminaba muy espacioso, dando tumbos, rígida como un Frankenstein itinerante. La gente del pueblo se percató de la disarmonía: la chica más dulce del pueblo, hermosa y blanda se transformaba en un ser de otro mundo. Un señor de txapela y pana le advirtió:

- ¡Juani! Llama al médico, tu hija está tontusca.

Pepejuán preparaba los cuestionarios para los alumnos, bueno, debería decir "alumnas" pues son todo tías. Sonó el teléfono en la noche y era inusual.

- ¿Diga?

- Soy yo.

Pepejuán se extrañó y alegró a la vez en una mueca insondable.

- Creo que es la primera vez que me llamas tú.

- Sí, de eso se trata Pepejuán, ¡De llamar!

La mueca se estiró y quedó en un rictus de sus labios.

- Esto se tiene que acabar...

- ¿Por qué? -Pepejuán empezó a temblar.

- Te llamo para pedirte el teléfono de la MUJER de doctor Tarr...

El teléfono se transformó en un puñal plástico, de los que pinchan pero no matan. En una mueca suicida se lo clavaba una y otra vez. Pepejuán tenía un enorme y fiel perro-lobo que comentó:

- Menos mal que estamos nosotros cumpliendo la misión de símbolo para representar la fidelidad. -así que Pepejuán le acarició el cuello y el perro se prestó.

- ¿De qué quieres hablar? ¿Del negocio de tu padre de vender sombreros? -le parecía ridículo a aquella chica semi-vestida. Ella dejó la taza de té con gran dulzura. Colocó la mano para que el Doctor Tarr no le sirviera más azúcar.

Frente a frente festejando su próximo cumpleaños.

La mesa improvisada era de camping azul eléctrico ambos habían ido al bosque a charlar. El psiquiatra llevaba sin gracia un sombrero de copa, y tarareando el feliz cumpleaños, le pidió a ella que le sirviera más té de su tetera de hierro dulce; a ciencia cierta, no se sabía si era té lo que tomaban o agua del óxido.

- Yo deseaba que hubiera más conversación en nuestra relación, que nos conociéramos mejor...

- Ya nos conocemos lo suficiente...

Ella se sentó en su regazo y le montó en ademán de hacer el amor. Clavó su mirada en los ojos grises del psiquiatra y, de pronto, se abrió el azucarero de hierro y salió un ratón medio dormido y les dijo en voz alta ante la mayúscula sorpresa:

- Tu madre está llena de dolor por un flemón mientras fornicas...

- ¡Venga, bájese la falda que le voy a pinchar...! -Ordenó María a la señora de la bata de guata rosa.

- ¿Otro dolor? -la señora gesticuló demasiado- ¿cuándo va a acabar este sufrimiento?

María tomó la bandeja de las jeringuillas desechables y rompió una ampolla también desechable.

- ¡Vamos! Es sólo un pinchacito...

Repentinamente la enferma se transformó en una leona salvaje y Marísima tuvo que coger una silla de madera por el respaldo, se quitó el cinturón que llevaba bajo el hábito y lo blandió ante el descomunal felino; amenazaba con la silla, en la mano izquierda, y el cinto a la derecha; en varios golpes, consiguió que el león quedara sentado en la mesilla de noche. Con un prolongado suspiro le puso la inyección a la pobre mujer.

Pepejuán hubiera deseado un sueño profundo y duradero, pero no podía dormir; siempre estaba en un continuo diálogo consigo mismo. Se levantó de la cama y bebería un vaso de leche templada.

Se despertó sudoroso y encogido. ¿Había tenido una pesadilla? O era pura angustia por lo que le dijo la NOVIA?. Sentía pánico y no supo que era tan terrible porque, rápidamente olvidó su contenido. Se desveló como si tuviera pegados los párpados y todo perteneciera a una realidad ajena, tal era su obnubilación. Fue a calentar un poco de leche.

La luz de flúor le daba un aspecto fantasmal a la cocina poblada de espectros. A pesar de tratarse de una temporada apática y triste, súbitamente se resistía a perder ese tiempo ya que tenía miedo y no quiso cambiar su confort gris.

De pronto supo que todo lo que había vivido hasta la fecha no merecía la pena, nada le decía porque dejó de tener sentido.

Pero, sentía un fuerte impulso a encontrar ese sentido perdido, ese significado de todo lo que estaba viviendo, de saber de su derrota, de tristeza, de inquietud; una necesidad de levantarse de aquel hastío de inmovilidad y abatimiento. En la proximidad, el silencio servía de aliado a los sinsentidos.

Percibió, se percató de la brutal soledad que suele aquejar a los seres humanos. Un movimiento imaginario que provoca las sombras y penumbras. La apariencia de engaño es el redil de corderos inquietos. Aquello por lo que uno se asoma a lo lúgubre de los sinsentidos: una pesadilla y un sabor de boca amargo de los momentos después de beber un vaso de leche azucarado.

Intentó levantarse de la silla de formica y aluminio y, dolorosamente, notó las punzadas agudas de su espinazo al no poder dar ningún paso en su Historia.

Con el súbito vértigo de carecer de náuseas, de quejas, el mundo entero se revolvió en un instante y el círculo de su cabeza hizo que la cocina adquiriera movimiento y su punto de vista fue a parar al fregadero. Allí estaba el agua rebosante de un plato sucio de la grasa del asado de la cena; allí vio su imagen reflejada y le entró un ataque de risa. A carcajada clara se percató del absurdo del absurdo y así, con dolor de estómago, volvió a la cama. Se prometió que jamás bebería leche sola con azúcar en la madrugada.

La mujer vagaba por las calles del pueblo tontamente, sumida en la desesperación. Pensó en su marido, un psiquiatra alcohólico y en su hijo un vulgar yonqui, Se adentró en un parque lleno de color de flores, lleno de aromas de flores, lleno de formas y animales bonachones. No le distrajo y empezó a llorar.

Allí las libélulas tocaban la música del arpa triste que le acompañó en sus sollozos

Las lágrimas se refugiaban en un charco cada vez más y más grande; lloró tanto que el nivel del agua le llegaba al pecho y pronto debería empezar a nadar para sortear los mil obstáculos que flotaban y se interponían en su camino. En aquel momento, sobre una mesa flotante, remaba un hombre de pelo blanco y acento argentino, era su marido el psiquiatra ilustre, el doctor Rafael Tarr. Después de saludar a un delfín, le abordó directamente:

- Tú aquí...

- Esposa, ¿quieres que te vuelva salvar?

- No lo creo.

¿Y no come nada? ¿Tres días?... Tengo un amigo que trabaja en un psiquiátrico y le podría mirar... yo no sé... Los análisis salen normales. Creo que lo podemos arreglar para que se establezca una temporada. Por lo menos, descansará, dormirá.

- ¡Estate quieto, Rafa! Mañana hay que trabajar, a dormir...

Pepe soñaba que dormía en pleno sueño. Estaba soñando que soñaba que dormía soñando que dormía cuando dormía el sueño ersça que dormía un sueño dentro de otro sueño.

María se durmió demasiado pronto. No le dio tiempo a quitarse la toca, pero sí a desnudarse de cintura para abajo.

La NOVIA se acurrucó en el pecho de su amante fingiendo que dormía en una sonrisa. El amante también fingía.

La MUJER estaba empapada y se dijo mientras se secaba: “Hoy no conseguiré dormir”.

Maika empezaba a soñar sin importarle si dormía o no.

14. EL SUEÑO INCONTABLE DE PEPEJUAN

Se fueron sus alumnos del manicomio y Pepejuán tuvo los deseos incontrolables de telefonar a la dependencia sutil y perniciosa. Esa era la que debía tener con una mujer, hacia la que debía sentirse inferior, en suma: a la que le debía. Pero bostezó y se quedó dormido en la antesala de los despachos, tumbado en un sofá colorado y maltrecho de la poca luz del atardecer. Eran muchas noches en vela con los planteamientos tontos de su NOVIA que no le quería, que nunca le había querido y que nunca lo había reconocido, a pesar de que sus amigos se lo comentaban y que siempre se enfadaba con ellos. Pero estaba tan buena...

Pepejuán se desdobló. En ese momento estaban charlando Pepejuán 1 y Pepejuán 2. Los confundía. El aire se condensó en una pasta dorada y sin gérmenes. Todo era aséptico, tal como encontrar sentido al sinsentido. Las palabras discurrían más lentas, como en un magnetófono estropeado. El tiempo dejó de pasar. Los Pepejuanes se contaron mil cosas, miles de argumentos, conceptos y discusiones.

- Míralos y mírate. Es tan absurdo todo, siempre llegabas tarde a todo.
- Siempre.
- Siempre había alguien con más derecho a hacer las cosas que tú.
- Todavía lo hay.
- Siempre había alguien que se había comprado el balón de reglamento, de cuero, y que sólo te lo dejaba en ocasiones...
- Cierto, yo jugaba al fútbol con un balón de plástico, o de goma, no sé.

- Siempre había alguien que te reprochaba que sólo usaras zapatillas de lona. El, las llevaba de piel...

- Siempre era así.

- Siempre había fulanos que tenían los mejores rotuladores, la televisión en color, los mejores almuerzos, las mejores vacaciones, un chalet en las afueras, papás con coches, mamás bien arregladas que salían por las noches, los mejores juguetes, los mejores tebeos, los mejores pisos, las mejores novias...

- Era una inferioridad de condiciones abrumadora...

- Pero...

- Siempre hay peros...

- Siempre había gente con menos cosas que tú. Te debías comparar con los seres de los que fuiste siervo. Un siervo tonto, fácil para todo...

- ¡Eh!, que tenía mi orgullo, mi dignidad.

- ¿Y la humildad?

- Humildad.

- ¿Llamas humildad a la inferioridad?

- Soy consciente de que no arriesgaba porque siempre me pedían compararme con los otros, debía competir, aunque sólo fuera para cumplir, encajar el orgullo de los triunfadores. Lo que me daban, lo que me permitían era una farsa que servía para afianzar el triunfo de los ganadores.

- ¿Los sabías ganadores?

- Sí.

- ¿Y los había perdedores?

- ¿Cómo?

- Gente con menos fortuna que tú...

- Sin duda.

- Siempre había gente con menos atractivo, con menos dinero, con menos tebeos, con menos inteligencia...

- Con menos, siempre.

- Entonces... ¿Por qué te comparabas con ellos?

- Simplemente porque me educaron así. Debía soportar a los que tuvieran mejor fortuna que yo, ser humilde: su siervo. Ellos precisaban reírse de mí. A la vez, yo debía reírme de quienes no tenían compás e iban al colegio con el peor tiralíneas. Es ley de vida.

- No la has aceptado.

- No.

- Sigues comparando...

- Todos siguen comparando.

- ¿Y los locos?

- También los locos.

- ¿Y los sanadores?

- Los sanadores.

Instantes más tarde, todo olía a azufre quemado. Los dos Pepejuanes luchaban por nimiedades y la sangre se mezclaba con lágrimas anunciadas. Apareció ella y se desnudó. Sonrió al Pepejuán más cercano y leyó en voz alta una carta en francés. Acto seguido, bostezó e irónicamente llamó al mayordomo con palmas. Tenía el cuerpo del doctor Tarr y atrajo hacia sí una bandeja de plata con un teléfono inalámbrico color marfil. Llamó a otro hombre para ir con él a la playa este fin de semana. De pronto, el mayordomo se quitó su chaqueta azul del frac y se despojó con gestos difíciles de su camisa de rayas negras

horizontales y paralelas. Se abalanzó sobre la chica y la besó ruidosamente en los labios. Luego le hizo ademán de hacerle el amor. Pepejuán, mientras, lloraba desconsoladamente y tuvo la visión de Marísima que le dijo sonriente:

- Humildad.

15. QUINTA COMPARACIÓN

A la vuelta del viaje, Pepejuán abordó a Marísima:

- ¿Es verdad lo que cuentan de Maika?

- ¿Qué cuentan?

- Pues que ha reaccionado... En el campo... Con usted... Marísima rió a carcajadas grandes...

"Si supiera cómo reacciona...", pensó la monja en chandal cansada del viaje. - Eso parece...

- ¿Ha leído el sueño?

- ¿Qué sueño?

- El de Maika... Le ha pillado en la excursión. Maika ha contado un sueño en que viene escrito todo...

- ¿Todo? -interrumpió Marísima.

- Lo escribí, sin que nadie lo mandara ni aconsejara, en una especie de relato, de cuento, de novela difícil de escribir. Después de haberlo leído varias veces, creo que no precisa atención psiquiátrica en este hospital.

Los dos se miraron. Fieles a sus esperanzas, hubo un vómito de luz y fantasía al conectar sus ojos. De pronto, Marísima supo que Pepejuán estaba destrozado por dentro y que estaba a punto de llorar.

- ¿Has vuelto a perder?

- ¿Cómo lo sabes?

- Tus ojos, tus ojeras...

- No entiendo nada... Ella me quiere, me desea...

- ¿Hay algo para entender en el amor? -Pepejuán miró al suelo.

- ¿Entender? Verdaderamente, no sé dónde está mi ética.

Charlaron. Había mucho optimismo porque el amor de Marísima o el desamor de Pepejuán precipitaron los acontecimientos. Marísima vio a un corderito histérico, quejumbroso, endeble, que balaba y balaba sin cesar. Pepejuán contempló a un dragón de dragones, a un ser misterioso y fabuloso. Compartían sus quejas y despropósitos. Se sentían en una sinceridad hermosa.

- Cuéntame lo del sueño de Maika. -Pidió la voz ronca del dragón, apartando sus uñas negras de sus labios disimulados entre las hileras de dientes afilados.

- Voy a por el escrito del sueño. Léelo con pausa. -Baló cantarín el corderito muy suavemente, siempre complaciente.

- ¡No! Cuéntamelo tú, con lo que te acuerdes y con lo que no. Lo leeré luego.

De pronto, el cordero erizó sus lanas y sintió pánico al ver a la NOVIA que se les acercaba irremisiblemente. Se colocó tras el enorme dragón. "¡Bah! El me protegerá, es fuerte el dragón...!". Pensó el corderillo mientras la NOVIA examinaba a las dos especies animales.

- ¿Les dejas solos? -espetó ronco el dragón o la monja deportiva. "No, no me protegerá...", pensó el cordero mientras sintió que debía urdir un plan para usar su inteligencia, gran inteligencia según sabía por su maestro de escuela. Así ralentizó el tiempo y demoró para pensar mejor en ese instante pequeño. Exclamó en voz alta:

- ¡Necesito crear el espacio de deseo!

La novia miró desconcertada en su rabia, se sentía furiosa y colérica. Atacó con todo su cinismo disponible:

- ¡Oiga, sor...! ¿Es contagiosa la locura?

- No.

Pepejuán o la oveja joven, suspiraron al mismo tiempo. La voz trémula del cordero enunció un pequeño deseo y empezó a darse cuenta de la pérdida pronosticada en la decisión:

- ¿Qué quieres de mí ahora?

- ¿Por qué me has vuelto a llamar, si te dije que me dejaras un tiempo, tiempo que cura?

Pepejuán entristeció visiblemente. Todos se apercibieron, incluso los que estaban a miles de millas, según la leve paranoia del corderito. Miró cabreada la NOVIA, como un lobo herido, pero con la tripa llena, es decir, sin hambre pero dispuesto a dentellear al corderito, y a acuchillarlo con sus garras afiladas.

- No lo sé -musitó Pepejuán.

- Así, sólo consigues que llegue a odiarte. Me haces daño a mí, te hago daño a ti... -La NOVIA dejó escapar una lágrima que recorrió el rostro del lobo hasta el hocico húmedo del jadeante animal que hundió sus ojos en la melancolía de su orden.

- Me siento incómoda... -Intervino el dragón- ¿os importa qué me vaya...

Pepejuán sacó fuerzas de dónde no había y aseveró duro:

- ¡Sí me importa! Espera, por favor... No sé lo que debo hacer, pero ya sé lo que no debo hacer. Dejaré tiempo, tiempo al tiempo, si la espera es dura ya no esperaré y tranquila que no te molestaré. ¡Habrá sido duro y costoso para ti venir aquí, decirme esto y esperar algo de mí, aunque sea no esperar más!

Te agradezco que vengas, me lo digas tú; has arriesgado y yo, cobarde tonto, no lo hice así. Ya formas parte de mí, si yo lo soy de ti, no lo sé; ahora no me importa. La NOVIA abrazó a Pepejuán y Pepejuán abrazó a esa mujer por última vez. El dragón, aburrido, cruzó sus brazos y bostezó.

- Adiós... -dijo el cordero separando a la muchacha con las manos en su cintura.

- Pepejuán: siempre serás un hortera.

La muchacha se alejaba con sus formas marcadas en su gabardina blanca ceñida. Se hacía más pequeña en el pasillo iluminado por una hilera de fluorescentes; el silencio se quebró cuando el puntito torció la esquina y Pepejuán siguió mirando.

De pronto, la luz multiplicó su intensidad y las presencias fueron más evidentes. Una cortina de recuerdos envolvió al Pepejuán de siempre, en bruto. Se supo humano cuando el viento se llevó las cenizas de la estatua de su exnovia que se fue desgastando como la arena de mil desiertos. El viento fue fuerte, necesariamente fuerte para despeinar a Pepejuán y a Marísima.

- ¿Y bien? -preguntó el dragón a Pepejuán o cordero.

- Debemos buscar el camino que nos lleve al espacio del deseo.

- Imagino, sí, pero... ¿Y Maika y lo que me decías de un sueño?

- ¡Ah! -Pepejuán volvió a su realidad- ahora te cuento el sueño, pero... ¿Tienes idea de cómo consiguió entrar al despacho y escribir a máquina unos siete folios? -Marísima se extrañó.- Yo estaba de guardia y siempre estoy aparente de Maika. Estaba segura de que era inteligente, pero... -Pepejuán prefirió no sospechar nada, le contó lo soñado y sus teorías y Marísima empezó a entender.

16. LA DESPEDIDA DE LA AUXILIAR MENTAL

No podía mentir, debía ser fiel a sus ideas y ser un poco infiel a Dios, debía dejar durante un tiempo su noviazgo divino. Cuando empezó a hacer la maleta recordó las felicitaciones y ánimos de la madre superiora. El abrazo más cordial y sus amores por Maika, provocaron lo más sospechoso y misterioso para una monja de metro ochenta: enormes lágrimas mal disimuladas.

- Maika me ha pedido que localice a su padre que está en Cádiz... No creo que haya muchos apellidos vascos por allí, ¿no?

Maleta pequeña, conjunto azul marino, rostro compungido, mirada distante y voz apagada, Marísima se alejó paulatinamente hasta las vivencias más grises. Colgó los hábitos sin esperanzas, sólo midiendo lo que le había costado llegar a ser sierva de Dios. Miró de soslayo y vio a Pepejuán que le miraba atento. En la puerta fuerte, le esperaba el celador Josemari con las llaves preparadas y el comentario dispuesto:

- Querida María, sin la toca ni los hábitos, empieza a parecer una mujer.

17. FUERZA CENTRIPETA Y FUERZA CENTRIFUGA

Cuando se unieron, sus cuerpos reflejaron la historia de los hombres. Todas las cosas, o sea, toda la Historia, se une, se concentra, atrae a las uniones. Es lo centrípeto que empuja al interior a todas las pasiones. Así miraba Marísima por la ventanilla y explicaba lo que pasó con Maika, a sabiendas de que era la única que se explicaba las cosas. Por eso, antes del amor sólo sentía atracción a Maika. Ahora, sabía que la amaba. El coche pasaba por las industrias que preludian un pequeño núcleo urbano. Los carteles eran multicolores en medio de una pintura impresionista. Más semáforos, más coches, hasta mil.

- Pero, el desamor que surge cuando el deseo no es del cuerpo, crea la fuerza centrífuga que envía al exterior todo lo acumulado dentro. Por ello, se precipitan acontecimientos de ruptura. Si yo quería dejar el manicomio, colgar los hábitos; antes sólo lo sospechaba, ahora lo sé. Sólo con el amor se sabe.

- ¿Qué?

- Nada, nada... Hablaba conmigo misma.

- Soy un poco sordo, ¿Quiere algo?

- No. -El conductor era maduro y bonachón; apenas había cantado una jota desde el comienzo del viaje: desde esa hora y media de separar el desconcierto. Lo mejor era que no hablaba. Llegaron al centro de la urbe y los grises mandaron la monotonía del miserable Miércoles, lleno de prisas y humos. El coche negro paró para que Marísima llegara a la estación de ferrocarril. Hubo silencio tenso y maldito. "Pepejuán ya habrá salido del manicomio. Preguntará

por mí. Debo telefonarle..." El chófer bajó del coche y abrió la portezuela de Marísima poniendo en evidencia su metro cincuenta y dos de estatura. Esta se irguió y sonrió a la gorra; el rostro bigotudo y rechoncho le resultó gracioso y divertido a Marísima, sobre todo cuando le propuso:

- ¿Hace un café?

- Pensaba en lo mismo. Estaré encantada si es con su compañía.

- ¿Sí o no?

- Venga.

Con una capa de astracán gris bajo el brazo, penetraron en un bar que olía a tabaco y a café. Estaba medio vacío, pero en esas cafeterías de poca luz, siempre hay un murmullo u otro. Se sentaron en una mesa de mármol bajo un espejo y un camarero de verde, le pidió lo que iba a ser al hombre diminuto. Al rato, el chófer rebuscó en el bolsillo de su americana marrón y extrajo un objeto reluciente de metal, que lo entregó a Marísima. Lo vio y pronto lo clasificó como el anillo de Maika.

- Me he atrevido a invitarle a un café para darle este anillo de parte de una chica atractiva y pelirroja que me lo encargó sin que nadie más lo viera. -La realidad de Marísima se resquebrajó cuando el camarero se transformó en un lagarto enorme que rugía y rugía enfadado, dispuesto a trocear a dentelladas a cualquiera. Con voz ronca y ojos rojos le pidió el anillo que encajaba a la perfección en el anular izquierdo de Marísima; se enfadó y le desafió:

- ¡Ven por él, reptil nauseabundo, moriré por el anillo puesto que lo amo!

-Marísima ya no llevaba puestos los hábitos.

- El café con leche se le va a enfriar... -reprochó el chófer.

18. PARA CREAR EL ESPACIO DEL DESEO

Pepejuán terminó su cerveza americana y el disco llegó a su final. Colocó la aguja al principio y sus oídos sensibilizaron sus vivencias al oír de nuevo el fagot suave, fagot imposible de la Consagración de la Primavera del genio, de Stravinsky. No pensaba nada en concreto, sabía que su cerebro debía descansar. Acarició a su pastor alemán. Sentía calor, con la calefacción a tope. Supuso necesitar protegerse del frío, ya que tenía el ambiente helado. Tenía poderes, veía las ondas del calor y no le angustiaban. Se despojó de su camiseta de algodón verde oscuro y encendiendo otro cigarrillo, se planteó disfrutar de los cambios de la música. Sonó el teléfono, distraído pensó en cuentos de hadas. La bruja llegaba y amenazaba a los niños de su mundo, ¿quién sabe si el príncipe llega a tiempo con su espada o la audacia de los niños es más fuerte que sus pérfidas intenciones?, ¿por qué se apaga ese fagot y no dura siempre, si es maravilloso?

- ¿Sí?

- Soy María, necesitaba hablarte de Maika.

- Comprendo.

- Necesito que me cuentes cosas de Maika, de su evolución...

Pepejuán se preocupó mucho y su corazón cayó al suelo y rebotó.

- Pero... ¡Si hace unas horas eras tú la que no permitías que nadie explorara a Maika y ahora me lo pides...! ¿Es que te vas del hospital?

- Escucha Pepejuán, tenías razón en que la luz era dependencia, representada en el fuego o en la bola de luz. La angustia son los animales que se convierten en emociones molestas. ¿Me sigues?

- Sí, sí, pero...

- El camino del deseo, el espacio del deseo... ¡Hay que crearlo! Hay que sufrir, hay que amar, hay que enfrentarse... Para crear el espacio del deseo hay que...

Pepejuán se acomodó en su butaca gris frente al aparato y cogió otro cigarro. Luego, Marísima se lo contó todo.

Nota del escritor

breve narración
por etapas sucesivas
desde la locura,
hasta la patología
de todos los hombres
locos o no

El relato corto que dio origen a esta novelita se llamaba "ANGUSTIA COTIDIANA DE COMPARACION", pero como ahora trata de más cosas que la angustia, aunque relacionadas, he decidido llamarlo "LA LOCURA DEL AUXILIO", título más corto para un relato más largo. Descubrí que la locura es protagonista en situaciones de auxilio, de una ayuda, permisible en la privación de libertad que los hospitales de los años sesenta y setenta, ejercían como posesión de la verdad; en el tema de la salud mental. Sobran todas las demagogias ya que se pretende insertar en una verdad a gente de otra verdad; el protagonista es un estudiante que quiere saber; al querer saber, se estrella contra la miseria que emana de sí y de otros auxiliares mentales. Por eso se llama "LA LOCURA DEL AUXILIO". Este intento de forma literaria, sólo pretende ver la vida de los hombres y mujeres sometida al deseo. La vida humana de todos y todas; la vida de los locos, que son seres humanos, como lo son también los psiquiatras, médicos, cuidadores, psicólogos, enfermeras e incluso, los religiosos. Aquí, en un escrito gótico pero irreverente, los personajes se someten a metáforas, las metáforas a personajes y las metáforas a metáforas. Por eso es realista, porque a veces, lo que menos cuenta, es lo real.

CORMORAN, el cuervo marino

INDICE

LA LOCURA DEL AUXILIO

novela corta

PALABRAS PREVIAS

0 ADVENIMIENTOS

1 LA LLEGADA DEL PROFESIONAL

2 LA PRIMERA AUTORIDAD

3 PRIMERA COMPARACIÓN

4 LA MONJA AUXILIAR DE LA MENTE

5 EL RITMO DE LA MAQUINA DE ESCRIBIR

6 SEGUNDA COMPARACIÓN

7 EL SUEÑO CONTADO DE MAIKA

8 TERCERA COMPARACIÓN

9 EQUIPO MULTIDISCIPLINAR

10 CUARTA COMPARACIÓN

11 EXCURSIÓN CLÍNICA

12 LA FUERZA DEL TRANSFER

13 ANTECEDTES Y ADVENIMIENTOS

14 EL SUEÑO INCONTABLE DE PEPEJUAN

15 QUINTA COMPARACIÓN

16 LA DESPEDIDA DE LA AUXILIAR MENTAL

17 FUERZA CENTRÍPETA

18 PARA CREAR EL ESPACIO DEL DESEO